

## LA SOCIOLOGIA ARGENTINA EN UNA PERSPECTIVA DE VEINTE AÑOS\*

TORCUATO S. DI TELLA

Una verdad matemática se aprende en un minuto;  
una verdad sociológica se aprende en cincuenta años  
o se muere rechazándola.

Francisco Bulnes<sup>1</sup>

Si nos atenemos a lo que ha estado ocurriendo con las carreras de sociología, parecería que esta disciplina es una de las víctimas -¿o quizás también responsable?- de los vendavales que han azotado a la Argentina en la última década. Institucionalizada en los programas universitarios sólo después de la revolución de 1955, la de 1966 le coma las alas, y la de 1976 ya prácticamente sólo necesita recoger su cadáver. ¿Se trata realmente de una especie en extinción, o es posible entrever para ella un futuro en nuestras estructuras de enseñanza superior? Para poder responder a estas preguntas será conveniente volver a plantear los objetivos y las funciones de esta disciplina, vista en su contexto internacional, y la experiencia de su enseñanza y cultivo entre nosotros.

Hay que reconocer que la sociología nació en la cultura occidental con un cierto pecado de soberbia. Para Comte era la reina y pináculo de todas las demás ciencias, algo así como una teología para laicos. Y no sería raro que este pecado de soberbia del pensador francés se repita, multitudinariamente, en cada una de las vocaciones que se despiertan cada año en un cierto número de adolescentes y jóvenes que se encaminan a la universidad. Pero, pecado original aparte, es preciso también convenir en que toda sociedad necesita tener un cierto grupo de personas que se especialicen en dar respuestas a la pregunta ¿de dónde venimos y a dónde vamos? La religión, con su subproducto la teología, es la que por muchos siglos se ha ocupado

---

\* Versión ampliada de una conferencia pronunciada en el Instituto de Desarrollo Económico y Social, el 4 de noviembre de 1980, dentro de un ciclo realizado para celebrar los veinte años de la institución.

<sup>1</sup> **Francisco Bulnes:** El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio (París y México, 1904).

de ese menester. No sólo la religión teocéntrica, sino también la más antropocéntrica, principalmente representada hoy por el marxismo en sus versiones ortodoxas. En sociedades donde el monolitismo del poder se ha fragmentado, en cambio, el monopolio ideológico se ve reemplazado por una pluralidad de credos, disciplinas y actividades académicas. En estos casos la historia es un buen candidato a reemplazar a las más adustas y beligerantes religiones o ideologías, como instrumento para que un país se conozca a sí mismo y pueda predecir su destino. Macaulay lo vio claramente cuando afirmó que el conocimiento del pasado no es valioso sino en cuanto nos sirve para formar cálculos justos con respecto al futuro<sup>2</sup>. No es una casualidad que Inglaterra, uno de los primeros países en disolver el monolitismo ideológico o religioso, haya sido cultora por excelencia de la historia. Y aunque los historiadores profesionales puedan negarlo, la comunidad los mantiene porque espera justamente esto de ellos: capacitarse para prever el futuro, función quizás latente que se desempeña tanto mejor cuanto menos explícita se haga. Pero obviamente, en países con una larga tradición política, poco interrumpida por cortes violentos, la historia como predictora del futuro es más creíble que en aquellos que han sido sometidos a convulsiones mayores. En estos últimos -desgraciadamente la gran mayoría, empezando por Francia y Alemania- se hace más evidente la necesidad de un esfuerzo específico de interpretación o elaboración teórica acerca del futuro de la sociedad, y a eso se lo ha llamado sociología. En general esta tarea se basa también en un estudio de la historia, principalmente la del propio país o arca cultural. Así, Max Weber empieza preocupado por problemas de su propia sociedad, y en función de ellos es que investiga el desarrollo del capitalismo en Inglaterra, y luego se lanza a un esfuerzo comparativo mayor a través de las religiones de todo el mundo. Su ojo, su angustia, estaban siempre puestas en Alemania. Algo semejante pasa con Tocqueville, que viaja a los Estados Unidos para comprender mejor lo que le espera a Francia, o Durkheim, que con el mismo objeto se traslada imaginariamente a Australia para ver que es lo que mantiene unidas a las tribus de ese continente. También Marx piensa en términos de la experiencia europea de su época, y es en base a ella que elabora sus más interesantes teorías. Cuando las aplica a áreas periféricas del mundo, o al pasado de sociedades muy distantes de

---

<sup>2</sup> On history, en *Edinburgh Review*, mayo 1828.

las que él conoce, su visión en general aguda se torna miope o excesivamente generalizadora.

Con esto no estoy tratando de hacer afirmaciones epistemológicas acerca del estudio de la sociedad, como si éste sólo debiera hacerse con paradigmas locales. A lo que quiero ir es a una sociología de la sociología, que nos permita entender qué es lo que la hace fructífera. Y es en este campo que nos encontramos con la prioridad que debe darse a las problemáticas propias, tanto actuales como pasadas. Estamos ante la distinción que los epistemólogos hacen entre contexto de descubrimiento y contexto de justificación<sup>3</sup>. En muchas discusiones sobre método científico se pasa rápidamente por el tema del contexto de descubrimiento, que es el conjunto de estímulos, a menudo subconscientes, que operan sobre un investigador para que se le ocurran ideas interesantes a ser luego verificadas. Como se trata de un cúmulo de factores tan obviamente irracionales o psicológicos, se considera poco importante detenerse ahí, dándole por así decir libertad al investigador para que sus ideas se le ocurran como se le dé la gana, en el sueño, por revelación divina, conversando con los amigos, o como fuera. Ahí todo vale. Lo serio, en cambio, es el contexto de justificación, donde hay que someterse a criterios que son tan ciertos en París como en Londres, Moscú, Nueva York o Buenos Aires: no se pueden aceptar relativismos de clase, de cultura o de ideología respecto a las normas de la validación científica. Pero plantear las cosas en esta manera dicotómica ( contexto de descubrimiento , libre, y contexto de justificación , muy exigente), aunque correcto, nos deja un poco insatisfechos. Hay *algo* que hace distinta la investigación en los diversos ámbitos a que he hecho referencia. ¿Cuál es esa diferencia? Se ha difundido el intento de repuesta de Kuhn y otros, según el cual la labor científica se realiza dentro de ciertos paradigmas , difícilmente traducibles entre sí<sup>4</sup>. Este enfoque, aunque atractivo en muchos sentidos, creo que confunde los dos contextos de que hablábamos antes. Pienso que en el contexto de justificación no hay -o mejor dicho no debe haber- relativismo. Cierto es que en este tema como en cualquier otro hay progresos, y a lo mejor lo que hace

---

<sup>3</sup> Esta distinción basada en Carnap, puede verse en Hans Reichenbach: *Experience and Prediction* (Chicago, 1938), y desde entonces es comúnmente empleada. Entre nosotros ha sido particularmente difundida por Gregorio Klimovsky, a quien debo esta referencia.

<sup>4</sup> **Thomas Kuhn**: La estructura de las revoluciones científicas (México, 1972)

cincuenta años se consideraba aceptable, deja hoy de serlo por la existencia de mejores instrumentos de observación y de medida. Pero los criterios de progreso son únicos, y una vez que se realiza un avance en algún aspecto, éste casi siempre se propaga entre todos los cultores de la disciplina. Pero en lo que hay -y debe haber- diferencias muy grandes según el ambiente social o cultural en que se esté es en el contexto de descubrimiento y, permítaseme agregar, en lo que yo llamaría el *contexto do construcción teórica*. Empecemos por el contexto de descubrimiento. La imaginación sociológica -que es otra forma de llamarlo- dependerá de las experiencias vitales que alimenten la vida y la educación del sociólogo. Si todas las mañanas se levanta y lee diarios en que lo más importante son las noticias extranjeras y si su educación lo ha llenado de información que es abrumadoramente recogida en otras zonas del planeta, lo más probable es que las ideas que se le ocurran para investigar sean un poco periféricas a su propia realidad nacional. ¿Es grave esto? Creo que sí, aunque hay que caminar con cuidado en este campo. En algunos momentos de la vida intelectual argentina y latinoamericana se ha puesto mucho énfasis en la necesidad de relevancia que debía exigirse a los investigadores sociales.

Esto fácilmente cae en la imposición totalitaria. La labor del investigador es la búsqueda de la verdad de las cosas, y no de su utilidad o relevancia. Pero dicho esto, es preciso convenir en que si se puede ser relevante, tanto mejor. Todos en el fondo queremos serlo, aun cuando estudiemos egiptología o la economía del feudo medieval. Y por cierto que se necesitan especialistas en estos temas, aunque no puedo refrenar el sentimiento de que más interesante sería tener especialistas en cultura incaica o en la economía de la hacienda colonial hispanoamericana. Si se me argumenta que lo uno no quita lo otro, debo responder que sí quita en alguna medida, porque los recursos tanto humanos como financieros no son ilimitados. Doy por sentado, por otra parte, que es imprescindible que exista plena libertad, para un investigador o docente, una vez que éste ha obtenido un cargo científico dentro de un cierto departamento o disciplina, para que él trabaje en la línea, tema y orientación que prefiera. Pero justamente lo que estoy tratando de explorar es cuáles son las fuerzas que hacen que él elija ciertos temas en vez de otros, haciendo uso, se entiende, de su plena libertad, que, como sabemos, no es tan libre como parece, puesto que es el resultado de innúmeros impactos sociales sobre su personalidad, en buena medida

canalizados por las instituciones dadoras de fondos, llámense gobiernos, fundaciones a organismos internacionales.

Volveremos más adelante sobre este tema, pero pasemos ahora al que he denominado *contexto de construcción teórica*. Ya sabemos que una teoría es un conjunto de proposiciones vinculadas entre sí, que van desde definiciones de conceptos, afirmaciones sobre hechos singulares a hipótesis de diversos grados de generalidad<sup>5</sup>. Los cultores del método científico nos dan total libertad para juntar estos elementos -siempre que no violemos las leyes de la lógica-, pero nos esperan arteramente a la vuelta de la esquina, en el contexto de justificación, donde nos clavan el cuchillo popperiano al menor descuido<sup>6</sup>. El resentimiento que el investigador -sobre todo si se orienta hacia la teoría- puede acumular contra este procedimiento fácilmente lo lleva a reaccionar, tirando por la borda no sólo al cuchillo sino también a Popper junto a sus colegas y émulos.

Es un hecho que si nos atuviéramos demasiado a las exigencias de justificación -o refutación- estaríamos constantemente rechazando teorías. Lo cual nos daría un certificado de castidad metodológica pero a expensas de nuestra fecundidad. Hay que reconocer que el avance de la ciencia se basa también en los instantes más eufóricos en que a alguien -o a un grupo, o a una escuela- se le van ocurriendo posibles conceptos, hipótesis o leyes, y sobre la base de justificaciones parciales o poco seguras las enhebra, saca algunas conclusiones y sigue explorando la realidad sobre esta base. Esto es necesario cuando se está en las fronteras del conocimiento, sea por la complejidad del tema, la novedad de la disciplina o la multitud de factores de difícil medición a tener en cuenta. En la física atómica, la biología y la medicina esto se practica, y mucho más en una disciplina afín a la nuestra como es la psicología, sobre todo en su orientación freudiana<sup>7</sup>. Lo mismo puede decirse de los diversos aportes a la teoría del pluralismo político, o del marxismo, previo a su osificación ritualista. Ya sé que se oye a menudo decir que precisamente estas teorías adolecen de falta de cientificidad, de escasez de pruebas, de imprecisión conceptual. Todo lo cual está muy bien si nos ayuda a recordar que esas construcciones teóricas son justamente eso,

---

<sup>5</sup> Ver, entre otros, **Richard B. Braithwaite**: *La explicación científica* (Madrid, 1965).

<sup>6</sup> Ver **Karl Popper**: *La lógica de la investigación científica* (Madrid, 1971).

<sup>7</sup> Un buen ejemplo es *El origen de las especies*, de **Darwin**, donde el status provisorio de muchas deducciones, argumentos, a incluso datos, es bastante obvio.

construcciones, o inclusive menos, andamios provisorios a los cuales encaramarse para ver mejor las cosas y hacer algunas reparaciones al edificio de nuestra sociedad o personalidad. El hecho de que una afirmación científica -teoría o inclusive hecho singular- no esté totalmente verificada no le quita su condición de científica ni su utilidad en un sistema teórico.

Si nos interesamos en entender más detalladamente lo que pasa alrededor nuestro, siempre necesitaremos un sistema teórico, explícito o implícito, y algunas afirmaciones actuales ligadas entre sí. No es posible pretender que sólo usaremos afirmaciones totalmente validadas, porque ello nos condenaría a la esterilidad. Lo que se precisa es un adecuado equilibrio entre lo que se acepta y lo que se rechaza, un dosaje de los diversos *grados de seguridad* exigibles antes de hacer ciertas afirmaciones. Incluso cuando estamos en la etapa de estudios cuantitativos bastante minuciosos, podemos optar por aceptar una relación como válida cuando lo es, por usar la jerga, al 0.01 o al 0.05 de probabilidad . Y en la mayor parte de los casos no tenemos muestras como para llegar a este grado de precisión. Por ejemplo, ¿cuánta evidencia exigiremos para afirmar que una sociedad libre necesita asociaciones intermedias entre el Estado y el individuo? ¿Cuánto antes de estar seguros de que la difusión del populismo se basa en la poca fuerza de la organización autónoma de las clases populares? ¿Cuándo estaremos seguros de que la debilidad de un partido conservador está ligada a la condición inmigratoria de gran parte de la burguesía del país? Doy estos ejemplos a sabiendas de que ellos poseen grados diversos de credibilidad. Cada investigador puede optar, dentro de ciertos márgenes, y así aceptar o descartar hipótesis o aun hechos, singulares de manera que va a terminar con construcciones teóricas distintas, aun basadas sobre el mismo caudal de información. El común destino de todas estas construcciones es estar en la angustia constante de una acumulación de evidencia contraria. Pero mientras ello no ocurra, pueden seguir teniendo una vida independiente y sensibilizarse -y sensibilizar a otros- a determinadas áreas de la realidad, que quizás serían menos perceptibles para quienes no estén entrenados en su sistema teórico, por provisorio que él sea.

Como se desprende fácilmente de la formulación anterior, este *contexto de construcción teórica*, así como el de descubrimiento, son productos sociales de los diversos ambientes en que se desarrollan. Y para que la mutua alimentación entre las diversas etapas o

momentos de la labor científica pueda darse, es conveniente que la comunidad científica dé preferente atención a la temática de su propio país o área cultural y a la suma de acontecimientos pasados que ahí han tenido lugar.

### **Las musas inquietantes**

Ya habíamos planteado más arriba que la sociología, de la mano de la historia, reemplaza un poco en nuestras sociedades al rol interpretativo que la religión o la ideología cumplen en otras. No quiero decir con esto que en las sociedades occidentales avanzadas -a las cuales nuestro país, con un poco de suerte, puede llegar a pertenecer de pleno derecho y no sólo como aprendiz- la religión o la ideología dejan de tener vigencia. Lo que ocurre es que ellas pierden su poder monopólico, su capacidad de dar todas las respuestas, de manera que la sociedad, que de todos modos hace las preguntas acerca de ¿de dónde venimos y a dónde vamos? , consigue sus respuestas de diversas fuentes, incluidas las religiones y las ideologías (en plural) y en buena medida la historia y la sociología. Es interesante, en este sentido, la información que aporta Gouldner, quien realizó una encuesta en los Estados Unidos, donde resulta que un apreciable número de sociólogos de ese país tuvieron en algún momento el propósito de dedicarse al sacerdocio<sup>8</sup>. Si entre las religiones incluimos a la marxista, sin duda que en nuestro país los porcentajes no serían menores.

De hecho, existen entre la sociología y las religiones vínculos subterráneos más fuertes de lo que parece a simple vista. Yo subdividiría este tema según tres tipos de religiones que puedo discernir, a saber: la teocéntrica (en nuestro caso principalmente la católica), la antropocéntrica (en la actualidad el marxismo en sus versiones totalizadoras) y, finalmente, la más antigua de todas, el culto de los antepasados (que rebrota especialmente en el nacionalismo). Estas tres religiones han constituido en determinados momentos históricos, o aún constituyen, serios peligros para el trabajo científico y el análisis racional en que se deben basar la historia o la sociología. Pero, por otro lado, en la medida en que responden a serias -y quizás permanentes- necesidades humanas, deben ser tenidas en cuenta y respetadas, a incluso pueden ser

---

<sup>8</sup> **Alvin Gouldner:** *La crisis de la sociología occidental* (Buenos Aires, 1970).

fuerza de inspiración de muchos cultores de nuestras disciplinas científicas.

Por lo que se refiere a la religión teocéntrica, en nuestro caso -a diferencia de lo que seguramente ocurre en algunos países del Medio Oriente, por citar un caso extremo- ella no representa peligros para la labor científica, aunque sabemos que esto no ha sido siempre así. En el presente la preocupación religiosa católica no va acompañada de actitudes que obstaculicen la labor científica. Puede ir asociada a sentimientos que un observador externo quizás considere irracionales, o místicos, pero ellos se concentran en áreas que básicamente no interfieren con la investigación científica. ¿Y quién puede decir que no tiene -o aun que no precisa- algunas áreas o reductos de este tipo? Así que por este lado, afortunadamente, en nuestro medio no existen amenazas serias. Las actitudes intolerantes -que las hay-, recubiertas de catolicismo preconciliar, están muy claramente en retirada, y basadas más en la posición política de quienes las sustentan que en sus actitudes religiosas. En todo caso, quedan sólo restos de una cosa que en el pasado fue amenazante, pero hoy ya no lo es.

Algo distinto ocurre con el marxismo en sus versiones totalizantes -por no decir totalitarias, porque no siempre lo son-, que prácticamente se ha convertido en una religión universal con el grado de virulencia e intolerancia que tuvieron en su época el cristianismo o el Islam. El problema aquí es que a diferencia de las versiones modernas del cristianismo, ésta del marxismo tiene opiniones sobre prácticamente todas las cosas, no ya las del otro mundo sino de éste, a interfiere seriamente con el trabajo de investigación y de elaboración teórica en las ciencias sociales. Si sólo proveyera a sus adeptos de un sistema teórico propio, eso no sólo no sería grave, sino que hasta podría ser estimulante. Lo grave es que bloquea seriamente a sus creyentes y les hace casi imposible la actitud de apertura científica ante la búsqueda de la verdad. Por así decir, el creyente está constantemente aterrorizado de cometer pecado, ante cualquier vuelo de su imaginación, ante cualquier dato nuevo que quiera averiguar sin antes saber lo que opinan los doctores que tiene la Iglesia. De más está decir lo difícil que es producir una generación creativa científica bajo estas condiciones, y el problema que es tener un apreciable número de estudiantes con este credo en una clase o seminario. Y apenas se den fenómenos de liberalización en nuestros



países, es previsible que ese número aumente, por lo menos en un comienzo.

Este fenómeno, cuya gravedad no quiero disminuir, debe ser interpretado sin embargo con una adecuada perspectiva. No todo puede ser malo en él, si adquiere tanta fuerza, bajo una forma a otra, y sobre todo en ambientes estudiantiles e intelectuales. Creo que el elemento más válido que tiene es su búsqueda de la utopía, a la que cree realizable y en torno de la cual estructura toda una dinámica intelectual y psicológica. Y, preciso es convenir, existe una gran necesidad de utopía en la naturaleza humana.

Hace mucho se dijo que no sólo de pan vive el hombre, y la utopía, el reino de lo perfecto en este mundo, es uno de los alimentos espirituales más necesarios para no perecer de inanición psicológica, sobre todo en ciertas edades y etapas formativas de la personalidad. Es preciso tener un profundo respeto por esta necesidad de utopía, y por sus cultores pasados y presentes -que van desde Platón, Moro, Campanella, hasta Fourier, Marx y Kropotkin-, para poder enfrentar sus deformaciones mágicas o totalitarias. Porque una cosa es desear una sociedad perfecta -por irrealista que eso nos pueda parecer desde una perspectiva distinta- y otra es creer que esa sociedad perfecta está a la vuelta de la esquina y que por lo tanto se justifica la liquidación de miles o aún millones de personas para conseguir su implantación.

Ahora bien, sabemos que entre los estudiantes universitarios en América Latina, especialmente aunque no sólo en ciencias sociales, existe una gran necesidad de utopías y por lo tanto una vulnerabilidad a sus versiones más crédulas o más totalitarias y violentas. ¿Cómo contrarrestar este hecho? No hay soluciones seguras, pero creo que la actitud que corresponde tomar es la de enfrentar esa realidad y dedicar una atención muy grande en los programas universitarios al estudio, precisamente, de las teorías a que nos estamos refiriendo y de sus prácticas sociales concretas. Esto, claro está, no es fácil, y recibirá una oposición de los más diversos sectores, de la derecha y la izquierda. A la izquierda -o a una cierta izquierd-- no le gustará que los temas sobre los cuales basa sus dogmas sean analizados por cualquiera que no sea uno de sus cultores. La derecha -o una cierta derecha- argumentará que no se debe dar excesiva atención a ese tipo de teorías, temiendo quizás que su estudio les sirva de propaganda. Sin embargo, el estudio intenso de lo que podemos llamar la utopía, las teorías en que se

sustenta y sobre todo las realizaciones prácticas de los países en que supuestamente impera, constituyen un aspecto central de la maduración intelectual de nuestros estudiantes, de nuestros profesores e investigadores y del país en general. Me baso, desde ya, en la suposición de que una cerrazón total a este tipo de temas e influencias es imposible, aparte de si es deseable o no. Los ejemplos de Portugal y España están ahí demasiado claros como para ser ignorados, y lo mismo, por la línea contraria, puede decirse de la Cuba batistiana o la Nicaragua de Somoza: no hay bomba más explosiva que un régimen radicalmente cerrado en un mundo que como el occidental ya está, irremediablemente, abierto en numerosos aspectos, incluyendo las influencias que llegan desde sus centros principales de poder. Bajo nuestras condiciones occidentales, lo único que se consigue con ignorar en la enseñanza a las teorías y prácticas de lo que he denominado la búsqueda de la utopía es hacer vivir a ésta una vida clandestina y por lo tanto doblemente atractiva para las mentalidades juveniles con sed de absoluto.

Veamos ahora cómo estaba encarado este tema en la experiencia del Departamento de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, entre 1956 y 1966, que fue una de las principales experiencias en esta disciplina en nuestro país.

Es preciso decir que -en contra de los mitos que existen al respecto- el estudio de las teorías marxistas y otras parecidamente utópicas (por seguir usando la terminología) fue entre escaso y nulo. Con alguna excepción hacia el fin del período, a Marx casi se lo ignoraba en la enorme mayoría de los cursos, o se le reservaban un par de capítulos en una exposición histórica. Con esto sólo se consiguió que los estudiantes sufrieran una especie de esquizofrenia intelectual. Por un lado estudiaban lo que los profesores les daban, y sin duda estaban interesados en eso; pero, por el otro, en su fuero íntimo, adherían a sus versiones de la utopía, como una especie de religión secreta, alimentada por lecturas desordenadas y poco criticadas, tomadas de las bancas de la calle Corrientes.

Los dos mundos casi no se tocaban. Se podría haber pensado que lo reprimido, en su vida oscura, sin aire, iría lentamente muriendo, dejando sobrevivir una actitud científica, racional, basada en la tradición clásica y moderna del pensamiento sociológico. Pero esto no ocurrió. En el mundo subterráneo se criaron monstruos que en un cierto momento, ya liquidado el grupo docente por la intervención de

1966, no pudieron ser contenidos y arrasaron a su paso con todo vestigio de espíritu científico.

Pasemos ahora a analizar la relación de la sociología con la otra religión a que nos hemos referido, la de los antepasados. Esta puede tener brotes destructivos del espíritu científico cuando se expresa en actitudes tribales o en el nacionalismo en sus versiones intolerantes, xenófobas. Pero también aquí hay que entender que existe en esta actitud una base legítima, que es la búsqueda de raíces y el respeto a los progenitores y a quienes nos han precedido en la vida en este suelo. Sin una adecuada vinculación a estas raíces es difícil que se haga buena sociología o buena historia. No es que sea imposible: de nuevo, no estoy hablando en clave epistemológica, sino de una sociología de la sociología.

Ahora bien, en un país como la Argentina, en que es tan difícil saber si es que somos realmente de aquí o del otro lado del océano, en que la enorme mayoría de nosotros no tenemos las tumbas de nuestros abuelos en este suelo, puede parecer extemporáneo hablar de estos temas. Incluso hay muchos, influidos por las ideas liberales y progresistas de diversos signos, para quienes es una muy buena cosa el que la Argentina tenga una variedad tan grande de procedencias, porque ello nos da amplitud mental, cosmopolitismo, tolerancia, receptividad a enfoques universalistas y científicos. Esto es cierto, pero no quita lo otro. No somos, claro está, una tribu, ni en el sentido en que los guaycurúes lo son, ni en el sentido en que los ingleses o alemanes lo son. No es cuestión de añorar la solidaridad de la tribu, o de la nación vista como algo místico. Pero es preciso reconocer que nuestra diversidad, nuestra condición de país inmigratorio -mucho más, porcentualmente, que los Estados Unidos, mucho más roto con los orígenes que Australia-, nos plantea problemas especiales, y a veces podemos tener un grado excesivo de cosmopolitismo. Para adquirir madurez cultural e intelectual -y eso tiene mucho que ver con el tipo de sociología que hagamos- tenemos que redescubrir antepasados, reales o simbólicos, en este suelo, y definir este suelo en forma quizás más amplia que lo que los límites geográficos lo impondrían. Para evitar el provincialismo de un país periférico como el nuestro, que no ha contribuido demasiado a la cultura universal, debemos ampliar nuestras raíces. No es menester cortar las que nos unen a Europa, o nos hacen sentir en alguna medida primos de los norteamericanos o australianos. Pero tenemos que inventarnos otros antepasados, que vayan desde Túpac

Amaru hasta Belgrano o Alberdi, sobre todo si queremos hacer cosas que sean relevantes en escala continental, ser una de las cabezas de un continente más que colonos náufragos de otro que ya no es nuestro.

Volvamos a preguntarnos ahora cómo se encaraba esta problemática en el Departamento de Sociología en la Universidad de Buenos Aires. La verdad es que mal, por razones en parte fuera de nuestro control, adjudicables a nuestra condición de país aluvional, y en parte por aspectos que podrían haber sido manejados desde la planificación de la carrera. Lo cierto es que la tradición argentina, y mucho más la latinoamericana, no eran demasiado respetadas ni por profesores ni por alumnos. Pocos pensaban que lo de Túpac Amaru fuera una cosa seria, ni que valiera la pena estudiar la carrera de Belgrano o el pensamiento de Alberdi. Las cosas eran un poco distintas en la Universidad Católica, en su departamento de sociología dirigido por José E. Miguens, debido quizás a la extracción más nacionalista de su personal. Pero en la Universidad de Buenos Aires la actitud mencionada era muy general, incluyendo a los estudiantes. A diferencia de lo que ocurría en lo referente a lo que llamé la religión de la utopía, en que los estudiantes tenían una fuerte tendencia a simpatizar con el marxismo, en este aspecto de las tradiciones nacionales ellos al comienzo tampoco las valoraban, quizás por verlas como burguesas, o por reacción a los discursos patrióticos de ocasión o a las simplezas aprendidas en la escuela. La presión del ambiente nacional, sin embargo, fue teniendo efectos sobre ellos, aun cuando yo diría que siguieron y aún siguen sin dar mucha importancia a lo que realmente pasó en nuestro país, o a los que vivieron, pensaron y escribieron en él. ¿Ingenieros?, ¿Justo?, ¿García?, ¿Ponce?, ¿Alvarez?, ¿Bunge?, ¿González?, ¿Sáenz Peña?, ¿de la Torre?, ¿a quién le interesan?, ¿qué hicieron de original?, ¿qué opinaban Marx, Weber Durkheim, Parsons, sobre ellos? Lo nacional, sin embargo, entró por la ventana, de manera destructiva, ya que no se lo invitaba con todos los honores que se merece a entrar por la puerta<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Producida la intervención a la universidad de Buenos Aires, en 1966 se sucedió un período de interregno, y luego, en 1967, el padre Justino O'Farrell se hizo cargo de la intervención en la carrera de Sociología. Su condición de católico hizo pensar a las nuevas autoridades que sería confiable; de hecho, sin embargo, se produjo en él y en un amplio grupo de colaboradores una radicalización hacia el nacionalismo, el peronismo y en muchos casos hacia una simbiosis con el marxismo. Lo que puede haber empezado como un genuino intento de entender la problemática

## Facts, facts

Recuerdo que una vez, en un curso sobre sociología política latinoamericana que dicté en la Universidad de Oxford, expliqué que mi objetivo sería el de encontrar algunas generalizaciones válidas sobre el comportamiento social en nuestra parte del globo. Inmediatamente fui interrumpido por un estudiante -todavía vibraban los aires del mayo francés de 1968- que, en forma bastante mal educada, me dijo que nosotros lo que queremos no son generalidades, sino hechos, *facts, facts*. Me llevó un tiempo recuperarme, y decirle que el método hipotético deductivo, etcétera, etcétera, y que toda afirmación fáctica es en el fondo interesante en la medida en que sugiere, aunque sea por implicación, alguna proposición general, aplicable en algún otro lugar o tiempo, pues de lo contrario sólo tiene valor de curiosidad. No sé si lo convencí. Además, yo había dicho generalizaciones, y no generalidades, y las dos palabras, tanto en inglés como en castellano, quieren decir cosas distintas; pero suenan suficientemente parecidas como para quitarnos un poco el sueño. Lo cierto es que una buena porción de trabajos de teoría sociológica, en vez de consistir en generalizaciones originales, quizás discutibles pero empíricamente validables, terminan siendo una suma de generalidades, o sea afirmaciones triviales, de sentido común, dichas con mucha pompa, o bien ristras de taxonomías que ni siquiera llegan a la etapa de las generalizaciones empíricas. Sin necesariamente desesperar de la sociología, de su proyecto de sistematización de afirmaciones generalizables sobre el comportamiento humano, lo cierto es que hay que marchar con paso de plomo para no perderse, hay que ir muy pegado a los hechos.

---

nacional, corrigiendo algunos defectos del enfoque anteriormente dominante, degeneró en una actitud anticientífica, que convirtió a la mayor parte de las cátedras en tribunas de adoctrinamiento y de intolerancia. Entre las publicaciones más rescatables se pueden señalar: **Gonzalo Cárdenas**: *Las luchas nacionales contra la dependencia* (Buenos Aires, 1969); **Pablo Franco**: *La influencia de Estados Unidos en América Latina* (Montevideo, 1967); **Marcos Giménez Zapiola** (comp.): *Materiales para el estudio de la realidad argentina* (Buenos Aires, 1975), y diversos artículos en la revista *Envido*. Muy influyente en esta línea de pensamiento fue el libro de **Eduardo Galeano**: *Las venas abiertas de América Latina* (México, 1971).

Y el gran depósito de hechos que, además, sea suficientemente interesante, es la historia, tanto la de un pasado más lejano como la del apenas transcurrido. Lo que es otra razón para dar una atención muy especial a su estudio, y en general al de los hechos, también los de tipo estadístico, económico, geográfico, constitucional, organizativo, como apoyatura al estudio de la sociología. Esto debería ser tomado como obvio, pero desgraciadamente no siempre se lo ha visto o practicado así. Para hacer otra dolorosa excursión en la autocrítica: veamos cómo se trataba esta problemática en el Departamento de Sociología de la Universidad de Buenos Aires. Nuevamente la respuesta es que no demasiado bien, y debo aclarar que me considero incurso en esta falta, como también en aquella a que me referí antes, no sólo en mi condición de profesor en ese departamento, sino ya antes como estudiante en otras universidades. Recuerdo que en su momento tuve que estudiar el fenómeno del nazismo. Leí las teorías de Fromm, o de Neumann; leí los datos sobre composición social del partido nazi, y diversas discusiones sobre la diferencia entre el totalitarismo y el autoritarismo, o la tricotomización del fascismo que puede ser de derecha, centro o izquierda. Todo ello muy útil y muy estimulante; no es mi intención criticar ni condenar esos enfoques. Pero la verdad es que por bastante tiempo ignoré los procesos concretos y mecanismos que le permitieron a Hitler llegar al poder y la naturaleza constitucional de su acceso al gobierno, y algo semejante me ocurrió con el fascismo italiano. En la formación de un sociólogo, el estudio detallado de ese tipo de procesos y mecanismos debe ocupar un lugar de absoluta prioridad, aunque por cierto acompañado de intentos de búsqueda de hipótesis generales. Así como un médico no se recibe sin saber el nombre de todos los huesos y músculos del cuerpo, algo semejante debe ocurrir con el sociólogo respecto de los acontecimientos capitales de su época y del pasado. En el ambiente de las carreras de sociología se tiene en general poco aprecio por los detalles históricos, a los que se tiende a tomar simplemente como ilustraciones de alguna teoría. Son algo más que ilustraciones, son la carne misma del proceso social, son la realidad que con su multidimensionalidad y multicausalidad nos obliga a tener cuidado con las generalizaciones. Se precisa un énfasis mucho mayor en el estudio histórico para contrarrestar esa tendencia excesivamente generalizante en que fácilmente caen los sociólogos. No es que la generalización esté mal o que sea imposible o inútil. De lo que: hay

que estar consciente es de algo parecido a lo que alguna vez dijo un literato sobre su trabajo, que exigía un uno por ciento de inspiración y un noventa y nueve por ciento de transpiración. Sería demasiado cómodo, y algo arrogante, considerar que por cada sociólogo, generalizador, deben trabajar noventa y nueve sudorosos historiadores. Sin negar que puede haber un poco de especialización de funciones, es básicamente el mismo sociólogo el que debe sudar en la búsqueda de los datos, y una de las formas más interesantes en que los datos vienen presentados es en la forma de procesos históricos. Una de las ventajas que tienen los datos expuestos en la forma en que generalmente lo son en trabajos históricos, es que tienen una cierta característica de totalidad, tienen algo de global que no tienen los datos censales, o las encuestas de opinión, o los estudios de estratificación. En ese sentido, tienen la virtud adicional de atraer a quienes están buscando algo de esa totalidad que el mesianismo político utópico da, y que la historia también a su manera ofrece, pero más con los pies en la tierra.

Quedamos entonces en que la sociología, en su principal experiencia argentina, no dio suficiente énfasis al estudio del marxismo, tomado como teoría y como fenómeno social; no dio adecuada atención a la problemática nacional; y no estuvo suficientemente ligada a la historia con su acopio de hechos (aunque sí enfatizó la búsqueda de datos censales, estadísticos, de opinión y de estratificación social). Es como para preguntarse: ¿hizo algo bien? Creo que sí, y mucho; y algunos de sus errores son claramente resultado de las fuerzas culturales y sociales que caracterizan al país, y no eran fácilmente contrastables desde la dirección de un departamento o instituto. Porque me siento fuertemente identificado con la experiencia de ese departamento, y con su labor teórica y de investigación, así como con el necesario caudillaje que Gino Germani dio a ese intento de observación racional y científica de nuestra realidad, es que puedo hablar como hablo. Ya Sarmiento dijo que en nuestro país lo importante era hacer las cosas: aunque sea mal, pero hacerlas. Bueno, la verdad es que tan mal no se lo hizo, y las semillas seguramente fructificarán después de alguna hibernación.

### **La organización de los estudios**

Quizás estemos ahora en mejor posición que al comienzo para plantearnos algunos problemas de la ubicación de la disciplina en la

estructura universitaria. Para ayudarnos, veamos algo de lo que ocurre en dos países que nos están precediendo en el proceso de liberalización, como son España y Brasil. Ambos, tengamos en cuenta, son bastante más respetuosos de sus tradiciones nacionales, de su pasado, que la Argentina. Esto es así a pesar de la heterogeneidad étnica de Brasil, y a pesar de las calamidades de la historia reciente española. Ese mayor respeto por su tradición es una de las cosas que podemos aprender de ellos. Y nótese que en ambos casos no ha habido -por lo menos entre los estudiantes- los excesos de nacionalismo reactivo que en algún momento hubo entre nosotros. En cuanto al marxismo, en Brasil ha estado más difundido que en la Argentina entre los que orientaron las cámaras sociológicas. Pero con la madurez que los años y la experiencia les han dado, lo que ha resultado es una especie de lusomarxismo con fuertes tendencias a la socialdemocratización, que de hecho es más reconciliable con los cánones de la actitud científica que otras versiones ligadas al culto de la utopía que hemos visto aquí.

Tendencias semejantes probablemente se darán en la Argentina. Debe reconocerse la importancia de la revolución copernicana que en su momento protagonizó Marx y saberla diferenciar de la hagiografía y escolástica de muchos de sus seguidores. De todos modos, las diversas escuelas de pensamiento sociológico deben poder coexistir en la universidad, preferentemente bajo la dirección de investigadores con espíritu más ecléctico, palabra que debe perder las connotaciones peyorativas que tiene en algunos círculos. Esto será posible en la medida en que se consolide el proceso de liberalización en el país, lo cual no es nada irrealista si se lo ve con perspectiva histórica y sin maniqueísmos.

Por otra parte, es preciso difundir entre los cultores de la sociología la convicción de que en la Argentina su disciplina no empieza en 1955, o en el mundo con Comte, Durkheim o Weber, o que antes de ellos sólo había pensadores cualitativamente diferentes a los sociólogos<sup>10</sup>. Aunque el nombre es nuevo, la disciplina es antigua, a pesar de que puedan cambiar las técnicas, los métodos de investigación o medición. Tampoco la química de hoy usa los mismos métodos o instrumental que Lavoisier, ni los médicos curan igual que

---

<sup>10</sup> Esta última actitud era en realidad la dominante, como se puede ver en **Gino Germani**: La sociología científica: apuntes para su fundamentación (México, 1956), y La sociología en América Latina: problemas y perspectivas (Buenos Aires, 1964); también **Juan F. Marsal**: La sociología en la Argentina (Buenos Aires, 1963).



Hipócrates, y sin embargo se reconoce la continuidad de la disciplina. Lo que hace hoy un sociólogo es *lo mismo* que hacían Platón o Aristóteles en algunos de sus momentos intelectuales, *lo mismo* que hacían Tocqueville, Madison, Alberdi, Sarmiento y tantos otros. Además, el estudio de la historia, especialmente argentina y latinoamericana, debe expandirse hasta abarcar una gran parte del programa, en número de cursos y en centralidad intelectual. El sociólogo no debe pensar que cuando sigue un curso de historia está haciendo algo lateral, y que la verdadera sociología está en las materias específicamente teóricas, sino casi lo contrario.

Otro aspecto importante en la formación del sociólogo es el de las llamadas sociologías aplicadas, que sirven para operar en instituciones de acción concreta (técnicas de servicio social, habitación y planificación urbana, sociología industrial, opinión pública, comunicación de masas, administración). Hay una tendencia en los que se aproximan a la sociología a desvalorizar estas técnicas, sea porque son menos estimulantes a la imaginación que las interpretaciones generales de la sociedad o de la política, o porque se considera que sirven sólo para poner remiendos a la sociedad, o para hacer ganar dinero a quienes contratan estos trabajos. Aunque esto pueda ser cierto, no lo es menos el hecho de que de alguna manera hay que ganarse la vida, y estas especialidades son de las más prometedoras en ese sentido. En la medida en que el sociólogo deja de lado su obsesión con la utopía, puede aceptar más las limitaciones de la condición humana -que incluye la propia- y aceptar ser, en una parte muy apreciable de su actividad, una rueda en el engranaje de la sociedad. El sociólogo, como cualquier otro profesional, debe ser capaz de asesorar y curar al paciente o cliente, sin preguntarse necesariamente si ese cliente va a misa todos los días, o si tiene las convicciones políticas que lo colocan en la vanguardia del cambio social.

Tan importante es este tema, que a menudo se expresa la opinión de que está aquí uno de los puntos neurálgicos de la crisis de la sociología, particularmente en nuestro país. Sea porque en la carrera no se le dio suficiente atención, o porque la euforia ideológica apartó a los estudiantes de estos temas, ahora los egresados estarían con las manos particularmente vacías para enfrentar un amplio campo potencial de actividad. Por lo tanto, se arguye que si se reorientara a las carreras en esta dirección más aplicada, se podría revertir el proceso total que las afectó.

Yo creo que este enfoque es acertado, pero no lo he colocado en el centro de mi análisis porque me parece que el punto neurálgico de la crisis de la sociología está en lo que le ocurre a su faz más teórica, más escrutadora de los horizontes de la sociedad vista como un todo. No quiero establecer distinciones presuntuosas entre un núcleo alto, privilegiado, de teóricos generales, y una base amplia de prácticos, aplicados. Ambos tipos de especialización son necesarios. Pero como todo sociólogo tiene que pasar, en su formación, por la etapa de las teorías generales sobre la sociedad, se deduce que si ahí existe una falla, un vacío, una desadaptación a la propia sociedad eso va a influir sobre el resto. Incluso, influirá a través de sorberle el seso a los estudiantes y hacer que no se interesen en las aplicaciones específicamente profesionales de su disciplina. Por eso creo esencial una revisión de la forma en que se encara el estudio de los aspectos teóricos más generales para introducir sensatez en ese campo tan propicio al desvarío. Es en ese contexto que me referí antes a la necesidad del estudio serio del marxismo, el respeto a la tradición intelectual de nuestro país y de nuestra área cultural, y la insistencia en el estudio de su historia como fuente principal de teorización sociológica. Con estas armas se puede encarar a la enfermedad en su propio campo, por así decir. Al mismo tiempo, el estudio de las sociologías aplicadas debe ir aportando elementos de práctica, de realismo cotidiano a incluso de modestia en cuanto a los alcances de la propia acción, a todo lo cual los estudiantes podrán acceder a interesarse en la medida en que puedan realizar una especie de catarsis en los temas que les apasionan más. Hay que pasar por ese campo de fuego, curtirse en él: no se lo puede ignorar.

Otro problema que tiene particular actualidad es el de si la sociología debe estudiarse en la etapa de la licenciatura o como posgrado.

Si examinamos un poco la situación en los países de mayor desarrollo científico, veremos que cada vez más la formación profesional completa, sobre todo en las materias humanísticas o de ciencias sociales, se da a través del doctorado. Ahora bien, en esos países no existen equivalentes de nuestras licenciaturas, que entre nosotros representan una formación profesional completa. Sea ingeniería, como abogacía, medicina, economía, agronomía, en la Argentina todas forman profesionales en cinco o seis años, sin diferenciar en niveles de pregrado y de posgrado. Cuando se enseña algo en posgrado es de manera muy periférica. Se precisan aquí

cambios bastante profundos, que no es posible en este trabajo examinar en su totalidad. Pero podemos decir que mientras no tengamos una situación generalizada de exigencia de posgrado como formación profesional completa, es un poco abusivo requerírsela al sociólogo, y significa un desperdicio de tiempo exigirle una licenciatura en otra disciplina para adquirir madurez. Es cierto que la sociología -especialmente dada su práctica entre nosotros, y yo diría que en general en los países de escaso desarrollo económico- es bastante explosiva y tiene tendencia a desorientar a quienes la estudian, como hemos estado viendo, sobre todo si lo hacen desde que terminan la escuela secundaria. Empezar en ese momento puede ser demasiado pronto, pero cuando ya son profesionales formados implica tomarlos *demasiado tarde*.

Volviendo a la experiencia de los países más industrializados y de mayor creatividad científica, lo que allí se practica es realizar, después de la escuela secundaria, una etapa de tres o cuatro años, al cabo de la cual se obtiene un título de *Bachelor* o *licencia*. Este da una formación humanística general con cierta especialización, pero que en general no permite verse a sí mismo como un profesional formado. Al terminar esa etapa, las posibilidades de conseguir un trabajo atractivo son muy bajas, entre otras razones porque no se ha recibido más que una formación general, más intensa que en el secundario, algo más especializada, pero aún no dominando a fondo los problemas y técnicas profesionales o científicas. La formación a fondo, entonces, se realiza en el posgrado, y termina con un doctorado, después de tres o cuatro años, incluyendo una tesis muy exigente y además con dedicación plena al estudio.

Si reprodujéramos en nuestras universidades ese proceso, lo que ocurriría sería una reducción de las actuales licenciaturas a cuatro años (o aún menos si hubiera dedicación plena), quitándoles bastante de su valor como entrada a la profesión. Luego, habría estudios de posgrado, en cualquier disciplina, incluyendo la sociología. Siempre dentro de este esquema, habría también estudios de licenciatura en sociología, pero no estarían demasiado especializados en la disciplina, y no habilitarían a sus egresados más que para cargos subalternos en tareas de enseñanza, investigación o práctica profesional aplicada.

Creo bastante probable que en la Argentina, con el tiempo, se generen tendencias en este sentido. En alguna medida, sería el resultado de la competencia, como lo ha sido en otros lados. En Brasil, por ejemplo, ya se está observando una expansión muy seria

de la etapa de doctorado, cada vez mayor en un número de disciplinas. Hay que prepararse para no quedar demasiado atrás también en este frente.

Por lo demás, si se llega a estructurar la formación en estos dos niveles, de hecho se dará un circuito de carreras interligadas, con mayor vinculación y transferencias entre ellas. No creo que será común, ni muy deseable; que un estudiante de doctorado en sociología venga de carreras como ingeniería, medicina o derecho. Más común será que haya cursado un pregrado en la propia sociología, o en carreras algo afines, como historia, economía, estadística, servicio social y educación, incluyendo el Instituto del Profesorado. Téngase en cuenta que muchas de estas carreras, en el enfoque que estoy contemplando, serían más cortas y menos especializadas que en la actualidad. Sus estudiantes estarían más conscientes de atravesar una etapa previa, que los habilitaría para posiciones auxiliares en la profesión, y que al mismo tiempo les daría la formación humanística amplia que de hecho la escuela secundaria no otorga más que en contadas excepciones. No estará de más observar aquí que la carrera de sociología de la Universidad de Buenos Aires funcionó, en su comienzo, casi como una carrera de posgrado: la primera camada de estudiantes se reclutaba, en buena medida, entre quienes habían realizado ya otros estudios (no siempre completos) y que se encontraban bloqueados por las características cerradas de la universidad previa a 1955.

## **Las temáticas**

Veamos ahora algo sobre los temas que la sociología argentina ha estado tratando en el último par de décadas y algunas de sus perspectivas futuras. Cuando comenzó a institucionalizarse en la Universidad, en 1956, una de las cosas que se puede decir que la sociedad le demandaba era que explicara la naturaleza de ese fenómeno que muchos consideraban tan peculiarmente nuestro: el peronismo. El había sido responsable de un período prolongado de gobierno autocrático aunque popular y de cerrazón intelectual, con posibilidades de haber degenerado en un régimen totalitario permanente. Con la revolución de 1955 emergió un proyecto social compartido por una parte del país -derecha liberal, centro y gran parte de la izquierda- de consolidar un régimen parecido al que imperaba en los países europeos occidentales, pluralistas, con

apertura al cambio democrático, con elementos de planificación y seguridad social. La existencia de una masa, quizás mayoritaria, difícilmente incorporable a ese esquema, era uno de los principales obstáculos al proyecto. Al mismo tiempo, se podía suponer que la existencia de esa masa y de esas disposiciones en su seno y en otros sectores sociales eran resultado de ciertas características nacionales, que era preciso estudiar. ¿Quién podría hacerlo? No era tema sólo para economistas, o moralistas, o políticos, sino que existía una ciencia, la sociología, que se podía ocupar de él. A este problema se añadían otros muy evidentes, o sugeridos por la experiencia extranjera: las villas miseria, quizá debidas no sólo a pobreza sino a desidia de sus habitantes; la criminalidad juvenil; las transformaciones de la familia y las relaciones entre los sexos; las dificultades de la industrialización y de la formación de adecuados dirigentes empresariales; y, finalmente, la capacidad de darse organizaciones sindicales autónomas del Estado, libres de corrupción y de excesivas influencias políticas.

Todos estos temas fueron, en mayor o menor medida, tratados. Se comenzó por pintar un telón de fondo, el de la ubicación de la Argentina dentro de una tendencia mundial hacia la modernización. Germani documentó profusamente este proceso, señalando sus varias dimensiones en lo cultural y lo psicológico<sup>11</sup>. Tanto que quedó etiquetado como sociólogo de la modernización, lo que no hace justicia a la diversidad y riqueza de su pensamiento<sup>12</sup>. Junto con la modernización se analizó la estructura de clases del país y la movilidad social, para lo que se realizó una encuesta en el Gran Buenos Aires, paralela a otras en diversos países del continente; una

---

<sup>11</sup> Germani y Jorge Graciarena quien fuera su mano derecha en la organización de la carrera, compilaron una antología para el curso introductorio que tuvo gran difusión. Además, los libros de **Germani**: *Estructura social de la Argentina* (Buenos Aires, 1955), *Estudios de psicología social* (México, 1956) y luego *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires, 1962) y *Sociología de la modernización* (Buenos Aires, 1970).

<sup>12</sup> Los críticos de Germani han adoptado, en general, una interpretación esencialista -para usar el término acuñado por Popper- de sus teorías y conceptos. Cuando Germani describe los cambios ocurridos en la sociedad occidental como integrando un proceso de modernización, está describiendo un conjunto de variables, de componentes del proceso, que no lo agotan. Diversas sociedades que se modernizan pueden diferir sustancialmente en otros aspectos.

de las cuales, en Monterrey, México, también fue hecha por sociólogos argentinos, Jorge Balán y Elizabeth Jelin<sup>13</sup>.

Posiblemente faltó en este panorama una preocupación por el estudio de los avatares históricos, los altibajos, las crisis políticas, por los que pasaron los grupos dirigentes que encauzaron el proceso de modernización de la Argentina de fines del siglo pasado y comienzos de éste. Este proceso se vio un poco como inevitable, como empujado por una locomotora histórica, lo que hacía menos interesante el estudio de los meandros, los desvíos, las estrategias que habían usado los conductores de la máquina. Aunque un buen grupo de gente pensaba -pensábamos- que el progreso iba a seguir más o menos gradualmente, otros, apelando a la misma inevitabilidad histórica, comenzaron a convencerse de que la máquina tenía que descarrilar por alguna innata tendencia del sistema capitalista, al que pronto se añadió el calificativo de dependiente. Bajo este nuevo enfoque, claro está, tampoco había mucho interés en conocer la forma de reparar las descomposturas de la locomotora, ni de estudiar las maneras alternativas de llegar a destino.

El problema más específico del peronismo y en general del populismo fue abordado por Germani, haciendo ahí excepción a lo que parecía ser su unilinearismo en la descripción del proceso argentino. En la sociedad de masas hay, según él, dos formas alternativas de producir la integración de las grandes mayorías al sistema de decisiones: por la participación amplia en un sistema pluralista, o por lo que en nuestro medio él llamaría nacionalismo popular<sup>14</sup>. Esta teoría la amplió con análisis sobre el rol de los migrantes internos y las elites disponibles para estos procesos<sup>15</sup>. Sus

---

<sup>13</sup> Ver **Gino Germani**: Encuestas de la población de Buenos Aires (Buenos Aires, 2 vols., 1962), Clase social subjetiva e indicadores objetivos de estratificación (Buenos Aires, 1963), con **Ruth Sautu**: Regularidad y origen social de los estudiantes universitarios (Buenos Aires, 1965), y en el volumen de **S. Lipset** y **R. Bendix**: Movilidad social en la sociedad industrial (Buenos Aires, 1963), su apéndice sobre Movilidad social en la Argentina; y **Jorge Balán**, **Harley Browning** y **Elizabeth Jelin**: Migración, estructura ocupacional y movilidad social: el caso de Monterrey (México, 1973; en inglés, en 1968).

<sup>14</sup> Estos análisis fueron publicados por Germani por primera vez en un folleto basado en una conferencia del Instituto Libre de Estudios Superiores, *La integración política de las masas y el totalitarismo* (Buenos Aires, 1954).

<sup>15</sup> El énfasis sobre los migrantes internos ha sido discutido por otros autores, dando origen en años más recientes a una polémica que puede seguirse en las páginas de la revista *Desarrollo Económico*, Nº 51, 54 y 56 (años 1973 a 1975). Más reciente-

estudios fueron continuados, apoyados o discutidos por muchos otros investigadores, en el país como en el extranjero, entre ellos Darío Cantón y Miguel Murmis, y aquí debo incluir también algunos de mis propios trabajos<sup>16</sup>. Germani fue de los primeros en nuestro medio académico en señalar que el peronismo es un fenómeno muy distinto al fascismo europeo. Y que además no era tan fácilmente previsible su desaparición al morir el líder, pues respondía a una etiología que superaba la atracción por una persona, aunque el rol carismático de ésta fuera central, especialmente en sus orígenes. Es este un tema que, por supuesto, sigue en vigencia y que los próximos años podrán ayudar a aclarar. De todos modos, independientemente de que se sigan investigando sus orígenes -tema que llevará mucho tiempo aclarar a fondo- o especulando sobre su desaparición, corresponde ahora estudiar las condiciones bajo las cuales el peronismo -y lo mismo otros movimientos semejantes en diversos países de América Latina<sup>17</sup>- puede convertirse en parte leal de un sistema pluralista, sin albergar en su seno excesivas tentaciones hacia el monopolio del

---

mente Germani incluyó en sus análisis al fascismo europeo, en *Autoritarismo, Fascismo a Classi Sociali* (Bologna, 1975), siendo uno de sus últimos trabajos una reconsideración sobre las perspectivas de la democracia en la sociedad actual: Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna, en *Crítica y Utopía*, otoño, 1979.

<sup>16</sup> Ver Darío Cantón: *El parlamento argentino en épocas de cambio* (Buenos Aires, 1966), *La política de los militares argentinos* (Buenos Aires, 1971) y *Elecciones y partidos en Argentina* (Buenos Aires, 1973); **Miguel Murmis** y **Juan Carlos Portantiero**: *Estudios sobre los orígenes del peronismo* (Buenos Aires, 1974); **Torcuato S. Di Tella**: *El sistema político argentino y la clase obrera* (Buenos Aires, 1964) y *La teoría del primer impacto del crecimiento económico* (Santa Fe, 1965). **José Nun**, **Miguel Murmis** y **Juan Carlos Marín** se preocuparon por el análisis de la población marginal enfocada desde un punto de vista que integraba elementos marxistas, y que dio lugar a una polémica un tanto bizantina pero siempre sugerente. Ver su *La marginalidad en América Latina* (Buenos Aires, 1968), y discusiones en *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1969, N° 2, y *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, año I, N° 1-2 y 4 (años 1971 y 1972). Para otro tratamiento más reciente, **Jorge Balán**: *Estructura agraria, desarrollo capitalista y mercados de trabajo en América Latina* (Buenos Aires, 1978), y **José L. de Imaz**: *Los hundidos* (Buenos Aires, 1974).

<sup>17</sup> Con diversos enfoques, ver **Jorge Graciarena**: Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina (Buenos Aires, 1967); **Torcuato S. Di Tella**: Clases sociales y estructuras políticas (Buenos Aires, 1974); **José Nun**: The Hegemonic Crisis and the Military Coup (Berkeley, 1969), incorporado en **Claudio Véliz** (Comp.): El conformismo en América Latina (Santiago de Chile, 1970); **Mónica**

poder apenas tenga la oportunidad. Es para nosotros un problema tan central como lo puede ser para Francia, Italia o algún otro país de América Latina el de la coexistencia entre el pluralismo político y un fuerte partido o conglomerado de orientación marxista.

El tema de la inmigración extranjera fue muy analizado, y fue objeto de un proyecto conjunto con el Centro de Historia Social dirigido por José Luis Romero<sup>18</sup>. Enseguida se vio la importancia de su impacto sobre la constitución de nuestras primeras organizaciones sindicales, sobre nuestra clase empresaria y sobre el sistema político nacional, por el hecho de que dos de sus principales clases sociales -la burguesía y el proletariado de las zonas prósperas- quedaron casi masivamente fuera de juego en cuanto a su vinculación orgánica con la política<sup>19</sup>. Su condición de extranjeros, que además no se nacionalizaban, produjo barreras en lo que Pareto llamaría circulación de las elites, de manera que al estar los equipos de dirigentes políticos menos alimentados por las clases a las que en gran medida representaban, el sistema institucional debe haberse debilitado en

---

**Peralta Ramos:** *Etapas de acumulación y alianzas de clases en la Argentina (1930-1970)* (Buenos Aires, 1972).

<sup>18</sup> Muchos de los trabajos realizados dentro de este proyecto, junto con otros, fueron incorporados en dos volúmenes colectivos, de los que he sido coeditor junto con **Germani, Graciarena y Halperín Donghi:** *Argentina, sociedad de masas* (Buenos Aires, 1965) y *Los fragmentos del poder* (Buenos Aires, 1969). Ver también **Juan F. Marsal:** *Hacer la América* (Buenos Aires, 1969) y (como compilador), *Argentina conflictiva* (Buenos Aires, 1972); y **José L. de Imaz:** *Estructura social de una ciudad pampeana* (La Plata, 1965). Del grupo de la Universidad de Córdoba, **Delbert Miller, Eva Chamorro y Juan C. Agulla:** *De la industria al poder* (Buenos Aires, 1966). Del grupo originado en Sociología Rural de la Universidad Católica, **Floreál Forni:** *Encuesta socio-rural en la provincia de Misiones* (Buenos Aires, 1965), y **Francisco Suárez et al.:** *Alienación profesional en contextos transicionales* (Buenos Aires, 1967).

<sup>19</sup> Se puede discutir, en este tema, si es que las clases sociales extranjeras se apartaban de la política justamente por su condición de extranjeros, o si en cambio -o además- los partidos políticos argentinos, a diferencia de los norteamericanos, tenían menos tendencia a procurar sus votos a inducirlos a nacionalizarse. Ver **Oscar Cornblit:** *Inmigrantes y empresarios en la política argentina*, *Desarrollo Económico*, enero-marzo 1967. Para un caso de participación activa de extranjeros en un fenómeno político nacional, aunque a través de la protesta violenta, **Ezequiel Gallo:** *Colonos en armas* (Buenos Aires, 1977). Otra semejante canalización por medio de la violencia sería a través del anarquismo obrero de comienzos de siglo. Respecto del nivel de vida de la Argentina y las fuerzas atractivas y repulsivas de inmigrantes, ver **Roberto Cortés Conde:** *El progreso argentino, 1880-1914* (Buenos Aires, 1979).



consecuencia<sup>20</sup>. Es este un aspecto que está vinculado al estudio, al que también se dio importancia, de las clases altas y elites dirigentes del país, promovido especialmente por José Luis de Imaz<sup>21</sup>. También se liga con una temática más reciente, la de la decadencia del partido o partidos conservadores en el país. En forma un poco sorprendente -hasta diría provocativa-, Mora y Araujo ha sostenido recientemente que justo son los votantes peronistas, en gran parte del país, los que deberían, o podrían, ser la base de un conservadorismo capaz de ganar elecciones<sup>22</sup>. Parecería ser que el conservadorismo puede consolidarse ante un contrincante socialista, o laborista, pero se hace humo ante el populismo, que le roba sus adherentes más rurales, más marginales y ciertas elites locales. Varios otros investigadores están inmersos en este tema, y él debería en los próximos años atraer cada vez más atención<sup>23</sup>. Varios de los gobiernos militares del Cono Sur esperan ser continuados por partidos de este tipo, y si ello ocurre, seguramente las perspectivas de la redemocratización serán tanto mayores. De hecho, las dos experiencias que más nos interesan, las de España y Brasil, se basan en la existencia de fuertes partidos de derecha o centro derecha, como elementos del equilibrio de poderes que es parte esencial de un régimen pluralista. Algo parecido ocurre en Grecia, y aunque en contexto distinto, en Portugal.

En estrecha vinculación con esta problemática está la del estudio de los sistemas constitucionales, mecanismos electorales y otros aspectos legales del sistema político nacional. En general estos aspectos han sido muy dejados de lado en nuestro ambiente sociológico, por considerárselos irrelevantes, por comparación a las

---

<sup>20</sup> Puede mencionarse aquí el trabajo de **Dardo Cúneo**: *Comportamiento y crisis de la clase empresaria* (Buenos Aires, 1967); más recientemente, **Jorge Balán**: *Urbanización regional y producción agraria en Argentina* (Buenos Aires, 1979).

<sup>21</sup> **José Luis de Imaz**: *La clase alta de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1962), y *Los que mandan* (Buenos Aires, 1964); **Juan F. Marsal** (comp.): *El intelectual latinoamericano* (Buenos Aires, 1970); **Ruth Sautu** y **Catalina Wainerman**, *El empresario y la innovación* (Buenos Aires, 1971).

<sup>22</sup> Ver su artículo *Populismo, laborismo y clases medias*, *Criterio*, 27 de enero de 1977, y *Procesos electorales y fuerzas políticas: una perspectiva analítica*, en **Virgilio Beltrán** (comp.): *Futuro político de la Argentina* (Buenos Aires, 1978). También el libro de que es compilador junto con **Ignacio Llorente**: *El voto peronista* (Buenos Aires, 1980).

<sup>23</sup> Para un tratamiento histórico ver **Natalio Botana**: *El orden conservador* (Buenos Aires, 1979).

fuerzas sociales en juego<sup>24</sup>. De nuevo, si estamos ante una locomotora histórica, ante el avance de un gran torrente de fuerzas sociales, los mecanismos constitucionales son diques fácilmente rebasados por la avalancha. Y realmente lo son en más de un proceso revolucionario. Pero aun en ellos, y sobre todo en los casos de evoluciones más lentas -aunque no siempre exentas de violencia o golpes de Estado-, los mecanismos constitucionales toman una importancia inusitada. Debe aquí entablarse un diálogo franco con quienes proponen esquemas que implican cortapisas a la voluntad popular, evitando el grito de corporativistas ante el menor asomo de disensión con el esquema dominante en los países democráticos de Occidente. Seríamos más cautos si conociéramos mejor los mecanismos que realmente operan en esos países -comenzando por la monarquía y la cámara de los pares en Inglaterra, por no hablar de las llamadas democracias populares o los países del Tercer Mundo, para quienes a menudo se reserva un tratamiento especial por no ser comparables .

El problema de la violencia así como el de las dictaduras no han sido muy examinados, aunque ha habido algún interés en el estudio sociológico de levantamientos populares del pasado. Este estudio de nuestra violencia pasada -desde la rebelión de Túpac Amaru, la de los esclavos de Haití, la de la independencia de México, hasta las más recientes y conocidas<sup>25</sup>; y el análisis de las dictaduras, populistas o no, como la de Rosas entre nosotros, y las complejidades de las guerras civiles desde las del siglo pasado hasta la más reciente violencia colombiana- debería ser objeto central de atención<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> Los investigadores formados en ciencia política están más sensibilizados a esta problemática. Ver **Natalio Botana**, ob. cit.; **Eugenio Kvaternik**: Sobre partidos y democracia en la Argentina entre 1955 y 1966 , *Desarrollo Económico*, octubre-diciembre, 1978; **Carlos Floria** y **Marcelo Montserrat** (comp.): *Pensar la República* (Buenos Aires, 1977) **Gustavo Ferrari** y **Ezequiel Gallo** (comps.): *La Argentina del ochenta al centenario* (Buenos Aires, 1980).

<sup>25</sup> La importante obra de **Boleslao Lewin** sobre la rebelión de Túpac Amaru es una excepción, así como varios trabajos en **Tulio Halperín Donghi** (comp.): *El ocaso del orden colonial* (Buenos Aires, 1978).

<sup>26</sup> Sobre las características de movilización popular de los caudillos argentinos del siglo pasado, incluido Juan Manuel de Rosas, ver **Tulio Halperín Donghi**: *Revolución y guerra* (Buenos Aires, 1972), y *De la Revolución de la Independencia a la Confederación Rosista* (Buenos Aires, 1972), así como su libro colectivo ya citado. Sobre procesos más recientes, ver **Francisco Delich**: *Crisis y protesta social, Córdoba 1969-1973* (Buenos Aires, 1970), **Beba Balvé et al.**: *Lucha de calles. Lucha de clases: Elementos para su análisis: Córdoba 1971-1969* (Buenos Aires,

Si pasamos ahora a los diversos aspectos conectados con el desarrollo económico, veremos que no han sido tratados muy centralmente. Ha habido cierta preocupación por ellos, pero vistos como procesos globales, muy macrosociales, y no desmenuzados en sus componentes. Quizá hubo la sensación de que si se los desagregaba en sus componentes, enseguida se llegaría al campo de la economía, para la cual los sociólogos no están muy preparados. Esto no es necesariamente así. Desde ya, la formación del sociólogo en economía debería ser bastante mayor que la que se brinda actualmente. La inflación, por ejemplo, es algo que la sociedad puede esperar que se estudie por parte de nuestra profesión. Dado el clima tan difundido últimamente en nuestros países del Cono Sur, de ensalzamiento del libre juego del mercado como panacea, se hace preciso examinar los aspectos sociales y limitaciones de ese mercado supuestamente libre. Paralelamente, hay que estudiar las características de los diversos sistemas de planificación nacional (o supranacional, como la Comunidad Económica Europea), que no tienen por qué ir asociadas al totalitarismo ni a la corrupción en mayor escala que otros sistemas. Un buen conocimiento de lo que se practica y se practicó en el pasado en los Estados Unidos, Europa y Japón nos haría ver que las simplificaciones de cualquier tipo son imposibles. Entre nosotros se han realizado numerosos estudios dentro de un área particular de la planificación, la urbana y regional, impulsados por Jorge Enrique Hardoy y sus colaboradores<sup>27</sup>. Es una línea que hay que continuar y extender a otros aspectos más relativos al control de la economía; la industrialización y la distribución de los ingresos.

---

1973), y **Juan C. Agulla**, *Diagnóstico social de una crisis: Córdoba 1969* (Córdoba, 1969).

<sup>27</sup> **Jorge Hardoy**: *Planificación Municipal en la Argentina* (Buenos Aires, 1967); **César Vapñarsky**: *La población urbana Argentina* (Buenos Aires, 1968); **Oscar Yujnovsky**: *La estructura interna de la Ciudad: el caso latinoamericano* (Buenos Aires, 1971); **Alejandro Rofman y otros**: *Metodología para el planeamiento de la provincia de Río Negro* (Buenos Aires, 1970); **Oscar Yujnovsky y otros**, *Diagnóstico preliminar del área sudeste de la provincia de Buenos Aires* (Buenos Aires, 2 vols., 1969-70), y varias compilaciones organizadas por **Jorge Hardoy y otros colaboradores**: *Política de desarrollo urbano y regional en América Latina* (Buenos Aires, 1972); *El proceso de urbanización en América Latina* (Buenos Aires, 1969) y *Urbanización en América Latina: Una bibliografía* (Buenos Aires, 1975).

---

En cuánto al estudio de los sindicatos, él ha sido iniciado, pero se precisa ampliar mucho esta área de investigación<sup>28</sup>. Los sindicatos argentinos constituyen una verdadera incógnita sociológica. ¿Son fuertes o débiles? ¿Sus líderes son populares entre las bases o están alejados de ellas? ¿Qué futuro espera a sus obras sociales, a su centralización algo monolítica, al juego interno de oposiciones? Como todo esto está en un proceso de flujo muy marcado, debería haber aquí un campo particularmente fructífero para contribuciones del sociólogo al debate público.

El estudio de la psicología social y sobre todo de algunas ramas vinculadas a ella -en particular comunicación, semiótica y enfermedades mentales- han recibido en su momento un fuerte impulso por los trabajos de Eliseo Verón, pero el interés en estos temas ha tendido a decaer<sup>29</sup>. Otro tanto en lo referente a criminalidad juvenil y relaciones familiares. Se trata de áreas que no se deberían descuidar, sin embargo, y donde puede haber un amplio campo de colaboración con la medicina.

Una temática muy trabajada es la metodología y filosofía de la ciencia, donde la influencia de Gregorio Klimovsky sobre toda una generación de sociólogos ha sido realmente impactante. Los sociólogos argentinos son de los que más han tenido que pasar por las horcas caudinas, los cuchillos de Occam y otros instrumentos de tortura ideados por los epistemólogos, y no creo que eso les haya hecho mal. Últimamente esto ha llevado a un intercambio prolongado sobre los puntos de contacto entre el enfoque de los sociólogos y el de los historiadores, debate que deja saldos positivos y que debe continuar para facilitar la interacción entre estas dos disciplinas<sup>30</sup>.

---

<sup>28</sup> Ver **Rubén Zorrilla**: Estructura y dinámica del sindicalismo argentino (Buenos Aires, 1974); **Alberto Carri**: Sindicatos y poder en la Argentina (Buenos Aires, 1967); **Juan Carlos Torre**: El proceso político interno de los sindicatos en Argentina (Buenos Aires, 1974); **Torcuato S. Di Tella et al.**: Sindicato y comunidad (Buenos Aires, 1967); **Elizabeth Jelin**: Conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976 (Buenos Aires, 1978), y **Nilda Sito**: Estructura ocupacional, desarrollo y sindicalismo en los países de América Latina (Bariloche, 1968).

<sup>29</sup> Ver **Eliseo Verón**: *Conducta, estructura y comunicación* (Buenos Aires, 1968), y, en colaboración con otros autores, *Comunicación y neurosis* (Buenos Aires, 1970). Desde una perspectiva muy distinta, referente a la simbología y la magia en la sociedad moderna, **José E. Miguens**: *La otra versión* (Buenos Aires, 1978).

<sup>30</sup> Ver **Gregorio Klimovsky**, *El método hipotético deductivo y la lógica* (La Plata, 1971) y *La controversia epistemológica contemporánea* (título provisorio, en prensa). Desde un enfoque distinto, bastante influido por Kuhn, **Carlos Strasser**:

En esta revisión no debe dejarse de lado lo que se ha hecho en ciencias políticas, disciplina tan conexas que es casi indistinguible de la sociología<sup>31</sup>. En esta área Guillermo O'Donnell ha acuñado el término burocrático-autoritario para caracterizar a muchos de los regímenes que actualmente gobiernan en nuestro continente<sup>32</sup>. Se refiere a un cierto tipo especial de autoritarismo que se generaría con particular regularidad en países que pasan por una etapa crítica de crecimiento y formación del Estado. Dada la gravedad de esta experiencia, es preciso explorar al máximo la factibilidad de caminos alternativos. Esto permitiría evitar un cierto mecanicismo en que fácilmente se puede caer al interpretar al sistema burocrático autoritario como casi inevitable reacción ante las amenazas populares, o bien como vía áurea hacia la industrialización acelerada. En éste como en otros casos, un detallado análisis histórico comparativo permitiría desmenuzar un proceso global en sus componentes, que pueden no siempre presentarse en las mismas combinaciones, dando por lo tanto lugar a dinámicas muy distintas.

También corresponde mencionar aquí los trabajos realizados por los antropólogos, que no se han limitado al estudio de comunidades relativamente primitivas de nuestro interior, sino que, abriendo nuevas líneas, se han interesado en la descripción de diversas situaciones campesinas<sup>33</sup>. La demografía, también, ha estado muy

---

*La razón científica en política y sociología* (Buenos Aires, 1977). También son relevantes a este tema los trabajos compilados por **Francis Korn** en *Ciencias sociales: palabras y conjeturas* (Buenos Aires, 1978).

<sup>31</sup> Aparte de los trabajos de Carlos Strasser y Natalio Botana ya citados, ver la obra de **Natalio Botana, Rafael Braun y Carlos Floria**: *El régimen militar, 1966-73* (Buenos Aires, 1973); también **Juan C. Agulla**: *Federalismo y centralismo* (Buenos Aires, 1967), **Oscar Oszlak**, *Diagnóstico de la administración pública uruguaya* (Montevideo, 1972).

<sup>32</sup> **Guillermo O'Donnell**, *Modernización y autoritarismo* (Buenos Aires, 1972) y notas para el estudio de procesos de democratización política a partir del Estado burocrático-autoritario (Buenos Aires, 1979), y con **Delfina Linck**, *Dependencia y autonomía* (Buenos Aires, 1973).

<sup>33</sup> Ver **Esther Hermitte**: *Situación de la población aborigen de la provincia del Chaco* (Buenos Aires, 1970); con **Herbert Klein**: *Crecimiento y estructuras... en Belén, 1678-1869* (Buenos Aires, 1972); con **Carlos Herrán**: *Sistema productivo... y articulación social... en Belén* (Buenos Aires, 1974). Ver también **Eduardo Archetti y Kristianne Stolen**: *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino. Los colonos del norte de Santa Fe* (Buenos Aires, 1974) y **Leopoldo Bartolomé**: *Colonos, plantaciones y agroindustria*, *Desarrollo Económico*, julio-setiembre, 1975.

cultivada, no sólo en nuestro país sino en otros de América Latina, donde trabajan prestigiados especialistas argentinos<sup>34</sup>.

### **Las perspectivas para el futuro**

De lo dicho hasta aquí emergen ciertas líneas de acción aplicables para el futuro. Algunas han sido ya mencionadas, pero convendrá resumirlas, y otras pueden ahora plantearse sobre la base de las argumentaciones expuestas.

En primer lugar, hay que reconocer que la sociología difícilmente pueda ser totalmente libre de valores. Cualquiera que sea nuestra respuesta al planteo de este tema desde un punto de vista epistemológico, la realidad es que sociológicamente ello no es posible. De hecho, la sociología sólo florece bajo condiciones de pluralismo y tolerancia, elevadas a valores que en sí mismos son ideológicos: ellos deben orientar a la mayoría de los cultores de la disciplina, pues de lo contrario ésta no podrá fructificar. A veces se argumenta que estos valores de pluralismo, tolerancia y libertad de expresión de puntos de vista divergentes son los valores mismos de la ciencia, y que por lo tanto están por encima de las ideologías políticas más concretas. Sin embargo, esto no es así, especialmente en países como el nuestro y otros de nuestro continente y del Tercer Mundo. Lo que en otras partes se da por sentado y obvio, entre nosotros exige reafirmación constante, en contra de las presiones que a menudo vienen no sólo desde ciertos gobiernos sino también desde el activismo político y estudiantil, con signo opuesto, ciertamente, pero no por eso menos peligroso.

Pasando ahora a los temas de investigación y de elaboración teórica a los que deberíamos dar prioridad, creo que se los puede agrupar en cuatro grandes áreas: (a) la estrategia de la liberalización política, que está ahora en el tapete y que exige aportes hechos con capacidad de toma de distancia científica, sin por eso implicar falta de compromiso ni ausencia de acción en nuestros roles extracientíficos; b) la problemática de la forma en que el país puede consolidar su desarrollo económico y especialmente su industrialización, tan jaqueada en la actualidad, así como el grado en que se deben

---

<sup>34</sup> Ver **Zulma Recchini de Lattes**: *Aspectos demográficos de la urbanización en la Argentina* (Buenos Aires, 1973), y con **Alfredo Lattes**: *Migraciones en la Argentina* (Buenos Aires, 1969). También aportan a este tema, **Darío Cantón** y **José L. Moreno**: *Pequeño Censo de 1927* (Buenos Aires, 1971).

introducir elementos de planificación o por el contrario dejar predominar las fuerzas del mercado; c) las formas de asegurar un más equitativo acceso de la población a los bienes y servicios que ella en último término produce, o sea, toda la temática del igualitarismo y de la justicia social, y d) la organización de la educación en sus varios niveles y en sus sectores estatal y privado.

Veamos algunos aspectos de cada uno de estos temas.

a) *La liberalización política.* Debemos aquí vernos como formando parte de una cohorte de países en situaciones bastante parecidas: Brasil, Chile, Uruguay, España, Portugal, Grecia. Dejando de lado expresiones de deseos o perspectivas de cambios cataclísmicos, hay que explorar a fondo las características de un sistema pluralista con economía mixta y cómo pueden cuajar en ese tipo de sociedades las instituciones del equilibrio de poderes, de la elección de las autoridades, del Estado de derecho. Para eso es útil analizar lo ocurrido en otras sociedades que en etapas anteriores transitaron estas aguas, desde la Inglaterra del siglo XVIII en adelante, aunque sean muy distintas a las nuestras en otros sentidos. También es preciso conocer más a fondo la realidad de ese pluralismo en los mismos países que hoy lo encarnan en mayor medida. La estructura de los partidos es aquí un aspecto central, y en particular esos dos engendros entre nosotros casi desconocidos: un partido conservador capaz de ganar elecciones y un partido popular, no movilizacionista ni autoritario. También hay que explorar las limitaciones que en esos mismos países adelantados existen a la soberanía popular, porque no es imposible que entre nosotros el camino de la liberalización progresiva pase por ahí. Estoy pensando en cosas como la monarquía en Inglaterra o España; la Cámara de los Pares o el Senado con representación en parte no electa, o elegida por métodos indirectos; el rol permanente de las Fuerzas Armadas, como en Portugal con el Consejo de la Revolución; la existencia de una cámara con algo de representación corporativa; el control sobre la proliferación de los partidos políticos, como en Brasil, o el sistema de pactos de alternancia, como en Colombia; la limitación a la actividad política de los sindicatos; y otros semejantes. Todos estos son métodos que nuestra buena conciencia democrática condena, pero algunos de los cuales, bajo ciertas circunstancias, pueden quizás ser justamente las

bases sobre las cuales la democracia se haga posible, especialmente en un comienzo.

Dentro de este tema se debe incluir el de las relaciones, dentro de cada hemisferio de la política -derecha a izquierda-, entre los dirigentes moderados y los sectores activistas y más extremos. Si escarbamos un poco debajo de la superficie, veremos que en el país más pacífico y pluralista existen casi tantos fascistas o totalitarios de derecha o de izquierda como en nuestros más convulsionados climas. Lo que pasa es que allá quienes los tienen a raya no son principalmente la policía o las fuerzas armadas, sino sus propios correligionarios o primos políticos moderados. Claro está que hay factores de la estructura social que hacen esto posible, y entre ellos hay que incluir los detalles de la organización institucional, los valores y tradiciones políticas, la habilidad de los dirigentes y demás. Eso es precisamente lo que es necesario investigar: la alquimia que permite tener bajo control, y por lo tanto asimilar y desactivar, a quienes bajo ciertas circunstancias podrían convertirse en potenciales destructores del sistema de convivencia. Esto exige diferenciar entre violencia y disenso social. ¿Es cierto que el disenso y el conflicto socioeconómico, si se acumulan en gran escala, tienen que producir inevitablemente violencia? Para evitar esta acumulación, ¿una política reformista puede ser eficaz, o bien termina por desatar las fuerzas que pretende canalizar? Y viceversa, una estrategia represiva, ¿tiene o no tendencia a hacer proliferar las frustraciones y tensiones que alimentan las fuentes de la misma violencia que se desea cortar? Estas son preguntas que seguramente admiten respuestas distintas en los diversos contextos sociales. Es éste un campo de investigación comparativa a histórica donde el sociólogo puede hacer una contribución específica, distinta pero no excluyente de la del moralista, el ideólogo o el político.

b) *Desarrollo económico, industria, planificación.* Sin pecar de deterministas económicos, podemos decir que un adecuado desarrollo económico es una de las precondiciones para que el proceso de liberalización se dé. Por otra parte, para que el desarrollo económico exista, se precisa una conducción política adecuada, puesto que la economía dejada a sí misma es un ente de ficción. El Estado siempre actúa, aunque más no sea para crear las precondiciones de seguridad física y legal que exige la actividad económica, lo que ya es mucho. En el caso argentino la industrialización se ha dado de una



manera particularmente endeble, en una especie de invernadero proteccionista extremo que le debilitó los músculos a través de su larga falta de ejercicio ante la competencia, sea interna como externa. Por otra parte, las alternativas del mercado internacional, los efectos del predominio financiero de las grandes multinacionales, y otros componentes del imperialismo económico, deben ser tenidos en cuenta, sin por eso caer en el simplismo de asignar todos nuestros males a la acción proveniente del extranjero. Estos temas económicos están llenos de aspectos políticos y sociales, y deben ser objeto de atención central en un programa de estudios y de investigación sociológica.

La planificación, por otra parte, aunque ha perdido algo del prestigio que tenía en la opinión pública hace décadas, debe ser también estudiada en sus diversas vertientes: económica, urbana, sanitaria, educacional, científica, aún cultural.

Acá hay campo de acción para las llamadas sociologías aplicadas, incluso en áreas que no están necesariamente ligadas a la planificación a escala nacional, sino más local, o aun privada, como puede ser todo lo que se liga a la conducción de una empresa, de un taller, una cooperativa, una institución cultural o médica. Así como esto implica bajar del nivel nacional al local o aun privado, también hay que moverse en sentido opuesto y encarar los aspectos supranacionales, especialmente los ligados al control del comercio internacional a través de organismos como un mercado común latinoamericano o experiencias del tipo del Pacto Andino. Igualmente es preciso aprender del Mercado Común Europeo, cuyas experiencias no siempre librecambistas nos deben poner en guardia contra algunos de los esquemas que nos muestran a esos países como paradigmas de la apertura económica hacia el extranjero.

c) *Igualitarismo y justicia social*. La Argentina se ha caracterizado por mucho tiempo por tener un grado de igualitarismo bastante avanzado, en comparación con otros países del continente. Esto no sólo es cierto con respecto al ingreso, sino en relación al poder, vía sindicatos y partidos populares, y ha afectado en su momento, entre otras cosas, el clima de autoridad en las unidades productivas, donde el poder del representante sindical ha llegado a ser muy fuerte. Todo esto ha cambiado bastante radicalmente, aunque no es fácil decir si se trata de un fenómeno coyuntural o de algo más permanente. No

sólo en el nivel obrero y sindical, sino en general en esferas políticas de clase media, en ámbitos educativos culturales y estudiantiles y en el sector cooperativista, ha habido toda una tradición de asociacionismo orientado a fines particulares que también ha caracterizado mucho a nuestro país. ¿En que estado está este asociacionismo? ¿En qué grado ha sido afectado por la excesiva politización, por los intentos de copamiento por parte de minorías activistas, o por la violencia y el temor resultante? Es este un tema muy importante para entender hacia qué tipo de sociedad nos encaminamos.

El área de los servicios sociales es también un problema muy estratégico en cualquier planificación nacional en lo relativo a su grado de descentralización, su control por parte de organismos sindicales o patronales y la intervención del Estado en su gestión o control.

d) *La educación.* Aquí nos encontramos con el problema particularmente sensitivo de la enseñanza universitaria. Sería muy bueno poder, al mismo tiempo, aumentar el número de estudiantes, las ciudades donde existen universidades, mejorar los equipos, los sueldos, la calidad de la enseñanza, la especialización y la formación humanística. De hecho, dadas las limitaciones de personal y de dinero habrá que optar. Un ejemplo del tipo de dilema que se encuentra es el de las becas. ¿Es posible un programa masivo de becas? Si no es para todos, ¿para cuántos? ¿Elegidos cómo? ¿Desde el nivel secundario, o sólo en el universitario? ¿Desde el comienzo de la carrera, o sólo en el posgrado? ¿Conviene ir hacia una situación en que el posgrado se generalice como forma vigente de completar la formación del profesional?

Por otra parte, la relación entre el sector privado y el estatal<sup>35</sup>. ¿Se justifica que el Estado subsidie directa o indirectamente a la

---

<sup>35</sup> Esto nos refiere entre otras cosas a la célebre lucha en torno de la enseñanza libre versus laica, de fines de los años 1950. Creo que es preciso admitir que la existencia de universidades privadas es parte de la estructura de privilegio que existe en el país, tanto por el acceso preferencial a ellas, como por el hecho de que otorga bases de influencia ideológica a sectores propietarios o de la Iglesia. Dicho esto, sin embargo, no es cuestión de creer que el Estado es mucho más abierto o democrático sino que a menudo es lo contrario, aunque lo es de manera oscilante. Una teoría pluralista basada en el equilibrio de esferas de poder tiene que estar consciente de que lo que hay que equilibrar son justamente *poderes*, y por lo tanto el dar instrumentos de poder a lo que potencialmente puede ser la derecha es

educación privada? ¿De dónde deben venir los fondos para investigación? ¿Es posible o conveniente facilitar por medidas impositivas la existencia de fundaciones privadas, como en muchos de los países capitalistas avanzados? Otras tantas preguntas que tienen respuestas político-ideológicas, cierto es, pero que exigen conocimiento de casos comparativos y análisis sociológicos de las consecuencias a implicaciones involucradas. Todo el tema de la investigación tecnológica y el de la legislación sobre marcas, patentes y licencias, internacionales por tecnología va también incluido en este punto.

Hemos pasado revista a las cuatro grandes áreas temáticas a que habíamos hecho referencia más arriba: a) liberalización política; b) desarrollo económico, industria, planificación; c) igualitarismo y justicia social; d) educación.

Estas cuatro grandes áreas han sido elegidas por su vinculación directa con temas de la discusión y el conflicto políticos. La sociología, a pesar de su objetividad y del serio esfuerzo que debe hacer por analizar las cosas desapasionadamente, siempre termina -y es conveniente que lo haga- encarando la problemática que se agita en la polis. Pero puede hacerlo con mejores o peores armas analíticas, con mayor o menor grado de realismo. Para capacitarse en este campo debe usar el arsenal internacional de la teoría sociológica, incluyendo, como se vio antes, el estudio del marxismo no sólo por su valor científico sino por su potencial distorsionador y sectarizante, que es preciso encarar directamente para superar. Pero aparte de este instrumental teórico, debe darse gran atención al estudio de la experiencia histórica y del pensamiento social de nuestro país y nuestro continente. Como ya se dijo antes, no se trata aquí de ignorar ni de subestimar los aportes internacionales, sino de poner en lugar central a lo nuestro. Este conocimiento de nuestra historia, así como de los intentos previos que se han hecho por comprenderla, debe crear un clima general en todo el estudio de la disciplina. Por eso no los he colocado como áreas especiales de investigación, sino que los trato como enfoques más omnipresentes, que deben permear todo lo que se investigue en las cuatro áreas que señalé antes, o en cualquier otro tema.

---

parte del modelo. Estamos aquí ante la contraposición que también se puede observar en otros temas, entre dos concepciones clásicas de la democracia: la que la ve como gobierno de la mayoría y la que la entiende como resultado del equilibrio de fuerzas reales existentes en un país dado.

---

Para terminar, una breve consideración sobre estrategias de acción. Quienes quieren renovar la universidad, ¿deben esperar a que condiciones políticas muy favorables -como las creadas en 1955- les brinden una vía privilegiada de acceso a la toma de decisiones? ¿O es más realista ir aprovechando las oportunidades que se presenten, aunque sean en un comienzo algo retaceadas, para contribuir con el propio trabajo a la mejoría del conjunto, sin pretender condiciones ideales? Creo que esto último es lo más adecuado a nuestra situación y lo más compatible con los ejemplos que conocemos. La experiencia negativa de la renuncia masiva que se intentó en 1966 nos debería aleccionar a este respecto. Pretender entrar o irse de la universidad en bloque es aplicar una táctica demasiado inspirada en las experiencias de los partidos políticos y los sindicatos, por no decir los centros de estudiantes. Sin negar su validez en algunos de esos ámbitos, no es el de la universidad el más señalado para aplicarla. El científico debe actuar con más modestia en la universidad, sin pretender transformar a ésta en el equivalente funcional de un partido político. Lo cual no quita que el científico, como cualquier ciudadano, tenga responsabilidad de actuar en el área política, para lo cual bien puede enrolarse en algún partido. Ciertamente es que su espíritu crítico probablemente lo hará chocar con las simplificaciones, las jerarquías y las disciplinas que a menudo los partidos exigen. Si por chocar en esta forma se le hace imposible la actividad partidaria, aun así puede ejercer un rol político a través de su labor intelectual y por los mismos temas que investiga. Pero en ningún caso debe instrumentar la universidad para sus fines políticos, aunque éstos sean nobles y loables. A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César, es una máxima que no fue pronunciada precisamente por alguien que estuviera al servicio del César.